

LOS DOCENTES Y LOS DESAFÍOS DE PLANIFICAR CLASES INTERESANTES

ALEJANDRO SPIEGEL

En esta ponencia analizaremos los diferentes aspectos y potencialidades que tienen la elección y la implementación de nuestras herramientas de trabajo, los recursos didácticos.

La tarea de planificar una clase puede ser pensada como el diseño –o la composición– de una estrategia comunicacional que abra oportunidades democráticas para que cada alumno pueda aprender los saberes que queremos enseñarle. Esta estrategia comunicacional facilita para el alumno la comprensión de nuestras acciones e intenciones al frente del curso, de manera que pueda involucrarse y participar activamente en su proceso de aprendizaje.

Cuando todo esto ocurre, la clase resulta interesante para todos.

Hannah Arendt dijo alguna vez que enseñar es hacer lugar en el mundo a las nuevas generaciones. Cada vez que planificamos una clase, de alguna manera creamos un puente para que nuestros alumnos conozcan, aprendan y puedan acceder a la cultura producida por las generaciones que los precedieron. En este sentido, la planificación de clases implica varios desafíos no menores; tanto, que este “hacerles este lugar en el mundo” depende en gran parte del éxito con que logremos elegir qué segmento de la cultura, del conocimiento acumulado se enseñará, y cómo comunicaremos estos saberes.

En el proceso de selección de los contenidos intervienen el conocimiento disciplinar que tenga el docente y sus criterios –y los de la institución en la que enseña– para decidir qué saberes se enseñarán, desde qué perspectiva, con qué intensidad, etcétera.

Así, al planificar, creamos un escenario con su ambientación, escenografía, etc., en el que ocurrirán acciones de las que participaremos con nuestros alumnos, y que se desarrollarán utilizando los diferentes lenguajes –voces, textos, imágenes, etc.– que elijamos. Más allá de nuestras intenciones o resoluciones, este escenario siempre existe, y se conforma a partir de todas las pequeñas decisiones que tomamos con respecto a qué hacer o qué usar –o qué no hacer o no utilizar– para enseñar: quien solo habla y habla frente al curso, presenta un escenario determinado,

quien dicta y dicta, otro; quien hace una y otra cosa, otro; quien cuenta historias y propone desafíos, otro y así sucesivamente, y con todas las variantes y mixturas posibles.

Hay muchas personas que son parecidas; algunos –incluso– mucho. Sin embargo, y por suerte, todos somos diferentes, y tenemos formas particulares y únicas de relacionarnos y conocer el mundo. Todos aprendemos con un estilo particular y según nuestros propios intereses y, por ejemplo, a cada uno le “vienen mejor” determinados lenguajes y formas de acercamiento a la información. Y no hay un solo recurso que reúna, integre o sintetice todas las posibilidades que ofrecen una discusión en grupo, una dramatización, una búsqueda bibliográfica, manipular algunos objetos, utilizar el cuerpo, además de escribir, calcular, simular, jugar, etcétera.

Ni siquiera las computadoras más sofisticadas. Ni siquiera Internet.

En la “era de la información”, de la imagen, de los multimedia, de la Red, la sola mención de la necesidad de usar recursos didácticos genera en algunas personas la sensación de obiedad y, en otras, la de esnobismo. Sin embargo, no quedan dudas si surge de un docente preocupado por brindar oportunidades equivalentes y democráticas a decenas de personas diferentes, que aprenden de manera distinta, que no saben lo mismo y a las que les interesan temas diferentes. Y que tienen un tiempo acotado –siempre insuficiente– para hacerlo. En ese contexto, la única manera de atender a esta diversidad que existe en cada grupo es “ayudarse” con sus herramientas de trabajo, con los recursos que le faciliten consignar tareas para que cada subgrupo o persona avance de acuerdo con su propio ritmo, con lenguajes diferentes, con temas distintos, etcétera.

Una forma de ayudar a promover el deseo de participar en una sociedad más justa, una sociedad en la cual se valoren y respeten las diferencias, es ayudar a que los niños y jóvenes reconozcan y sumen sentidos a su experiencia como alumnos, que analicen el caso compartido: una clase, nuestra clase, cuya planificación se llevó a cabo de acuerdo con esos mismos valores. Y que reflexionen acerca de los criterios con los que trabajamos y selec-

cionamos diferentes recursos didácticos, e imaginen y propongan cuáles serían –o debieran ser– casos análogos en otros escenarios sociales. En estos términos, nuestra práctica docente puede ser también un caso, un ejemplo de una estrategia inclusiva, de una actitud sensible respecto de otros y de compromiso en relación con la tarea.

La buena noticia es que esta combinación de recursos didácticos y su análisis posterior con el grupo de alumnos tiene otras ventajas y abre nuevas oportunidades: también es una forma de preparar a nuestros alumnos para las nuevas lecturas que les proponen la TV, Internet o los multimedia, con las que se encontrarán cada vez más en esta Sociedad de la Información. Así, componer una rica estrategia comunicacional para nuestra clase, enseñar con múltiples recursos –o sea, con “multi medios”– elegidos especialmente para favorecer la diversidad, sumar lenguajes y códigos diferentes a la clase, y reflexionar con nuestros alumnos sobre estos aspectos, es también una manera de ayudarlos a desarrollar las nuevas competencias lectoras que les exigen estos tiempos.

Para estos fines, la reflexión compartida sobre la clase es tanto o más importante que la clase misma: para desarrollar estas competencias lectoras es relevante analizar la misma combinación de recursos, las formas distintas de representar la información, dialogar con los niños y jóvenes acerca de cómo lo hacemos, qué aporta cada recurso, por qué lo combinamos de esa manera y no de otra, etc., tratando de mostrar y compartir la razonabilidad de nuestras decisiones; que el alumno comprenda “el juego” propuesto y que se generen instancias de diálogo, de preguntas y respuestas.

En este marco, pueden transferirse estas reflexiones con respecto a la composición comunicacional de la clase a los medios de comunicación y a Internet, para que los alumnos aprendan a leerlos

críticamente. Allí también, en cada uno de esos casos, de esas pantallas, hay composiciones comunicacionales; también en esos casos alguien combinó recursos para decirnos algo; algo que muchas veces no es exactamente igual a lo que parece ser. Por ello, es importante que, así como nosotros tomamos a nuestra clase, desmontamos cada recurso y lo analizamos con el grupo, cada alumno vaya diferenciando los distintos componentes (textos, imágenes, animaciones, etc.) de los mensajes mediáticos y aprendiendo a analizar los diferentes sentidos que allí se presentan. Y estas reflexiones nos llevan a la formación para la ciudadanía. En un proceso que probablemente se irá acentuando con los años, se van creando a través de Internet nuevos espacios de interacción y oportunidades para ejercer los diferentes derechos y obligaciones. Si no se aprende a leer y a escribir con estos nuevos códigos, las próximas generaciones tendrán serias dificultades para ejercer sus derechos ciudadanos. La escuela es la institución creada también con el fin de prepararlos para este ejercicio, y no necesariamente esta parte de la educación debe desarrollarse frente a una pantalla. Todo lo contrario. Deben generarse oportunidades de reflexión y análisis más allá de las posibilidades concretas de usar una PC. Una de estas oportunidades es justamente el análisis crítico de la composición comunicacional de una clase que utilice “multi medios” tal como lo hemos descripto a lo largo de estas líneas.

En tanto tomemos a nuestras mismas clases, a nuestras composiciones comunicacionales como objeto de estudio, estaremos preparándolos para los nuevos desafíos, para que puedan ejercer su derecho a la información y ejercitar plenamente una ciudadanía cuyas características y escenarios de concreción, según todos los análisis, seguirán cambiando.

Mientras tanto, durante estas conversaciones, entre pregunta y pregunta, el mismo alumno puede convertirse en un informante activo de sus propias necesidades y preferencias, y comenzar a

reflexionar sobre cómo accede al conocimiento, qué recursos le son más afines, más útiles, y cómo puede mejorar su propio proceso de aprendizaje. Además de la importancia que tiene que el alumno aprenda a aprender, todos estos análisis que haga seguramente resultarán relevantes para nuestra propia tarea.

En definitiva, el mayor trabajo que implica componer o planificar una clase tomando en cuenta algunos de los criterios desarrollados puede rendir más frutos de lo que *a priori* podría esperarse. Es importante por los diferentes contenidos que enseñamos mejor y por todos los aportes que puede brindar a la formación integral de los futuros ciudadanos. O sea que vale la pena intentarlo.

Durante la ponencia, se abordarán algunas relaciones existentes entre la escuela y la Sociedad de la Información, los modos de conocer y los modos de comunicar. Asimismo, se propondrá la planificación de clases interesantes que promuevan el aprendizaje autónomo y se presentarán estrategias para lograrlo, con lo cual se impulsará el reconocimiento de los diferentes recursos didácticos como herramientas para el trabajo y los desafíos cotidianos. En este contexto, se crearán las condiciones para que los asistentes puedan transferir a sus ámbitos de trabajo este abordaje, aprovechando todos los recursos disponibles en su entorno concreto y real de trabajo. Para ello, se propondrán alternativas con el fin de reconocer el potencial del docente para explorar caminos posibles, de manera que cada uno pueda aprender en igualdad de condiciones.

En definitiva, se creará un espacio para reflexionar operativamente acerca de cómo hacer clases interesantes para todos nuestros alumnos, de la relevancia de un docente protagonista, crítico y profesional, y del lugar y las oportunidades que ofrecen todos los diferentes recursos didácticos: los de siempre y los que permanentemente crea nuestra cultura.